

LOPEZ LOMONG

con Mark Tabb

CORRER PARA VIVIR

De los campos
de exterminio de Sudán
a las Olimpiadas

astor



CORRER
PARA VIVIR

EDICIONES PALABRA
Madrid

Título original: *Running for my Life. One Lost Boy's Journey from the killing Fields of Sudan to the Olympic Games*

Colección: Astor

Director de la colección: Ricardo Regidor

- © 2012 by Joseph L. Lomong a/k/a Lopez Lomong
Rights managed by Silvia Bastos, S. L., agencia literaria
- © Ediciones Palabra, S.A., 2013
Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)
Telf.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39
www.palabra.es
epalsa@palabra.es

Diseño de cubierta: Raúl Ostos

ISBN: 978-84-9840-891-1

Depósito Legal: M. 18.616-2013

Impresión: Gráficas Anzos, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

All Rights Reserved. This Licensed Work published under license.

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

CORRER PARA VIVIR

De los campos de exterminio de Sudán
a las olimpiadas

LOPEZ LOMONG
CON MARK TABB



*A mis familias de América y
Sudán del Sur, que siempre han
creído en mí.*

*Y a todos los niños que se
quedaron. Que mis palabras
sean su voz.*

1. ¡Secuestrado!

Cuando llegaron los camiones yo estaba rezando con los ojos cerrados. Los oí antes de verlos. Al levantar la vista vi a los soldados que saltaban desde la parte de atrás de los camiones. Parecían nerviosos, como si quisieran acabar con aquello cuanto antes. «¡Todos al suelo! ¡Vamos!», gritaban mientras corrían entre los feligreses. Yo sabía que nuestro país estaba en guerra. Todos los meses había algún día en que mi madre y mi padre nos cogían a mí, a mis hermanos y a mi hermana y nos llevaban corriendo en busca de refugio mientras veíamos a lo lejos las bombas que arrojaban unos aviones que volaban a bastante altura. Pero yo no había visto soldados hasta aquel luminoso domingo de verano; y nunca había imaginado que unos soldados fueran a interrumpir una misa.

Los soldados no paraban de correr y gritar. Nuestro párroco intentó hablar con ellos.

—Por favor, no nos hagan esto ahora... —dijo.

El cabecilla no le hizo caso.

—¡Nos llevamos a los niños! —gritó.

No entendí en aquel momento qué quería decir con aquello. No tardaría en entenderlo.

Mis padres se arrojaron al suelo y me empujaron junto a ellos. Me acurriqué al lado de mi madre. Ella me rodeó con su brazo con tal fuerza que me hacía daño en las costillas. Todos a mi alrededor gritaban y lloraban. Me puse a llorar yo también. Mi madre intentaba calmarme, pero estaba tan asustada como yo.

De pronto, sentí una mano en mi espalda. Levanté la vista y vi a un gigante. Cuando eres pequeño, los adultos te parecen gigantes. Llevaba un fusil colgado a la espalda y una ristra de munición cruzada sobre el pecho. Mi madre le suplicó:

—¡No, no, no...! ¡No te lleses a mi niño!

El soldado no le contestó. Con una mano apartó el brazo de mi madre y con la otra me levantó a mí. Me arrastró hacia los camiones, pasando junto al enorme árbol alrededor del cual nos congregábamos para la celebración de la misa.

—¡Deprisa! ¡Venga! —gritaba.

Otros soldados llevaban a otros niños, niñas y adolescentes hacia los camiones, sin parar de dar voces para que todos fueran más deprisa.

Me volví. Mi madre y mi padre se habían levantado del suelo y venían detrás de mí. Las lágrimas les caían por las mejillas. No eran los únicos. Por todas partes se veían padres que iban tras sus hijos llorando y suplicando: «¡Por favor, no os llevéis a los niños!, ¡por favor, por favor...!, ¡haremos lo que nos pidáis, pero no nos hagáis esto!».

Un soldado particularmente grande se volvió hacia nuestros desesperados padres, agitó su fusil y gritó:

—¡Un paso más y empezamos a disparar!

No pude ver qué sucedió después. Solo sentí que me agarraban y me lanzaban a uno de los camiones. Reboté en otro niño y caí sobre la superficie metálica, caliente y sucia de la caja del camión, llena de niños de mi parroquia. Una

lona verde cubría la caja, con lo que no podíamos ver el exterior. La puerta de atrás del camión se cerró con un golpe y el camión arrancó.

No lo supe en aquel momento, pero mi infancia acababa de concluir.

Yo tenía seis años.

* * *

Estuvimos tres o cuatro horas sin decir nada, mientras el camión nos llevaba dando botes por la carretera. Yo estaba demasiado asustado como para iniciar una conversación. Supongo que a los demás les sucedía lo mismo. Al principio todos estábamos llorando, pero al cabo de un rato ya nadie lloraba. Permanecíamos en silencio, preguntándonos qué nos iba a pasar.

La superficie metálica de la caja del camión me abrazaba los pies descalzos. Intenté ponerlos sobre los pies de otro para que se me enfriaran, pero me empujó para que me apartara. El calor dentro de aquel camión era insoponible. Los soldados habían amarrado la lona muy fuerte en todos los lados para evitar que saltáramos del camión. El problema era que la habían amarrado tan fuerte que no corría ni una gota de aire. El sol de verano calentaba la parte de arriba del camión y en el interior hacía cada vez más calor. La luz que atravesaba la lona nos daba a todos una tonalidad verde. El polvo de la carretera que se colaba por los agujeros hacía más difícil aún el poder respirar.

El sudor me cubría la cara y se me metía en los ojos, que me escocían. Tenía la ropa empapada. El sudor de aquel montón de niños hacinados en un espacio tan reducido había convertido en barro el polvo de la caja del camión.

Era la primera vez que viajaba en camión. En realidad, era la primera vez que viajaba en un vehículo de motor. En mi pueblo todos iban andando a todas partes. Todos menos yo. Yo no andaba, corría. Mis padres me llamaban Lopepe, que en nuestra lengua significa «veloz». De pequeño, yo hacía honor a mi nombre y nunca hacía nada despacio. Cuando mi madre me mandaba a por agua, bajaba al río como una exhalación con mi lata de cinco litros y volvía corriendo todo lo deprisa que podía. Cuando mi madre necesitaba sal, yo iba corriendo a pedírsela a un vecino y volvía a tal velocidad que parecía que la sal hubiera estado en nuestra choza. A pesar de ir corriendo a todas partes, siempre pensé que viajar en camión o en coche debía de ser mejor aún. Pero, sentado en la parte de atrás de aquel camión militar, con aquel calor asfixiante, solo pensaba en volver corriendo a mi pueblo, a los brazos de mi madre.

Entre bote y bote del camión, me di cuenta de que había dos niños echados en el suelo. No sé si estaban dormidos o se habían muerto, pero pensé que yo no quería echarme en aquel suelo caliente y sucio. Y no era solo por el calor; no quería ensuciar mis mejores galas: unos pantalones cortos y una camisa de domingo que mi madre me había puesto para ir a misa. Todavía no era consciente de que mi vida —las carreras con mi padre camino de nuestras tierras, los juegos con mis hermanos y mi hermana, las misas de los domingos bajo los árboles...— se había acabado.

* * *

Se oyó el fuerte chirrido de los frenos del camión y nos detuvimos. No sabía dónde estábamos. Levantaron la parte de atrás de la lona y entró, por fin, algo de aire que nos permitió respirar con normalidad. Cuatro o cinco sol-

dados se subieron al camión. Uno de ellos agarró a un niño, le puso algo alrededor de la cabeza y lo empujó fuera del camión. Antes de que mi cerebro pudiera procesar qué le habían hecho al niño, un par de manos me agarraron a mí. Todo se volvió oscuridad cuando las manos me pusieron una venda fuertemente anudada alrededor de la cabeza. Estaba tan apretada que sentía el latido de mis pulsaciones en las sienes.

Entonces, aquellas manos me levantaron y me lanzaron por el aire. Otro par de manos me cogió antes de caer al suelo. Esas manos cogieron mi mano derecha y tiraron de ella hasta que tocó una camisa que tenía delante de mí. Noté entonces una mano pequeña en mi espalda, la mano de otro niño.

—¡Agarraos al niño que tenéis delante y no os salgáis de la fila! —gritó alguien.

La fila empezó a moverse y yo hacía lo que podía para mantenerme agarrado al que iba delante de mí. Detrás de mí oí un grito —«¡En fila!»—, un golpe y un quejido. Aunque no veía nada, supuse que habían golpeado a uno con la culata del fusil por salirse de la fila. Me agarré con más fuerza al hombro del que iba delante de mí y empecé a trotar para ir a su ritmo. No quería recibir el siguiente golpe.

Me sentía como si fuera una de las vacas de mi padre. Cuando mi padre volvía con las vacas que había llevado a pastar al campo, yo corría junto a ellas con una vara y las golpeaba para que entraran en el corral. Teníamos unas doscientas vacas, lo que nos convertía en una de las familias más ricas del pueblo. Pero la realidad —de la que yo no era consciente— es que éramos bastante pobres. La gente que tenía dinero en Sudán del Sur enviaba a sus hijos a escuelas de Kenia, lejos de una guerra civil que había empezado varias décadas antes de que yo naciera. La gente

rica no tenía la preocupación de que pudieran secuestrar a sus hijos para llevárselos a sabe Dios dónde. La guerra siempre es mucho peor para los pobres que para los ricos. Siempre.

Anduve con los ojos vendados durante un tiempo que a mí se me hizo muy largo. Probablemente no anduvimos mucho más de cincuenta metros, pero las distancias siempre parecen más largas cuando no puedes ver adónde vas. La fila se detuvo un momento y siguió avanzando mucho más despacio. La camisa que iba delante de mí se escapó de mi mano. Yo estiré el brazo para volver a agarrarla y mantenerme en fila. No quería que me golpearan. De pronto, una mano me quitó la venda y otra me dio un empujón en la espalda; di un traspie y parpadeé varias veces con fuerza. Pensaba que la luz del sol me iba a cegar, pero no fue así; miré a mi alrededor y me vi dentro de un barracón de techo de paja lleno de niños y adolescentes. Estaba muy oscuro para ser mediodía, pero es que no tenía ventanas y solo había una puerta; por las rendijas del techo de paja se colaba algo de luz.

Me aparté de la puerta, por la que seguían entrando más niños empujados por los soldados, a pesar de que el barracón ya estaba bastante lleno. Aunque aquel recinto era más pequeño que la sala de estar de la casa donde vivo actualmente, éramos cerca de ochenta. Enseguida me di cuenta de otra cosa: no había ni una niña. Los soldados se habían llevado a todos los niños y niñas, pero no se veían niñas por ningún sitio. No quise ni pensar en lo que habían hecho con ellas.

Todos los rostros dentro del barracón reflejaban un estado de aturdimiento. No me sonaba ninguna cara, aunque la mayoría de los que allí estaban iban conmigo a misa. Nuestra parroquia estaba en el centro de una zona que incluía varios pueblos y, por tanto, a ella pertenecían fami-

lias de un área muy extensa. Seguramente, si hubiera sido un poco mayor, habría reconocido a alguno, pero, cuando tienes seis años, toda tu vida gira en torno a tu familia y tus vecinos más cercanos. Al menos, así sucedía en mi caso.

De pie, en medio de aquel abarrotado barracón, me sentía solo y no hacía más que pensar en mi familia. Quería ver a mi madre y a mi padre entrando por la puerta para rescatarme. Quería jugar con mis dos hermanos, Abraham y John, y con mi hermana, Grace. Aquel domingo, dio la casualidad de que mis hermanos no habían ido a misa con mis padres y conmigo. Abraham es dos años mayor que yo y John y Grace son más pequeños. Abraham iba a llevar a John y a Grace a otra misa que se celebraba más tarde. No sé cuál fue el motivo por el que quería ir más tarde ni por qué mis padres se lo permitieron, pero en aquel momento me alegré de que así hubiera sido. En la misma medida en la que echaba de menos a mi familia y ardía en deseos de verlos, me alegraba de que ninguno de ellos hubiera sido secuestrado por aquellos soldados. Quizá hubieran dejado a John y a Grace, porque eran muy pequeños, pero Abraham habría compartido conmigo aquel cautiverio.

* * *

Intenté apartar de mi cabeza aquellos pensamientos para centrarme en lo que sucedía a mi alrededor. El instinto de supervivencia empezaba a despertarse. No tenía hambre ni sed, aunque no había comido ni bebido nada desde que había salido de casa con mis padres para ir a misa. Puede que fuera por la impresión que la situación me había producido —no lo sé—, pero lo cierto es que lo último en lo que pensaba yo era en comer y beber. Debí

de ser también lo último en lo que pensaban los soldados, porque en ningún momento nos dieron comida ni bebida.

Como ya no tenía los ojos vendados, pude observar a los soldados que estaban en la puerta. Cuando interrumpieron la misa, todos parecían gigantes, pero ya no. Había varios que debían de tener la misma edad que los chicos mayores que habían sido secuestrados conmigo. Los uniformes estaban muy desgastados y rotos; no se les podía llamar ya uniformes. La mayoría de los soldados iban descalzos.

—Son soldados rebeldes —dijo un niño detrás de mí. Me volví, pensando que hablaba conmigo.

—¿Cómo lo sabes? —le replicó otro.

—Míralos. Se ve por la ropa —contestó el primero.

Ahora lo estaba viendo y me di cuenta de que no era tan niño. Era seguramente uno de los mayores allí dentro; podía tener catorce o quince años.

—Entonces, ¿por qué nos han cogido? Yo pensaba que estaban de nuestro lado —dijo el segundo.

—Lo están —dijo el primero.

—Eso no tiene ningún sentido —le replicó el otro—. Si son buenos, ¿por qué secuestran niños?

Era la misma pregunta que me hacía yo.

—¿Es que no te das cuenta? —dijo el primero—. No nos han secuestrado. Nos han reclutado a la fuerza para que también nosotros seamos soldados.

La explicación parecía contentar a ambos, pero yo no entendía nada. ¿Cómo iba a ser soldado yo, que no podía ni levantar un fusil, y mucho menos dispararlo? Aquello no tenía sentido.

—Lopepe —dijo alguien. Levanté la vista—. Tú eres Lopepe, ¿verdad? De Kimotong, ¿no? —Yo estaba demasiado asustado como para contestar. El chico que me hablaba debía de tener trece o catorce años. De pie junto a él

había otros dos chicos—. Cuando te empujaron dentro desde la puerta te reconocí.

El chico se presentó y me presentó a sus dos amigos. Seguramente me dijeron sus nombres, pero no los recuerdo. Cualquier otro detalle de aquel día está grabado a fuego en mi memoria, pero de los nombres de aquellos tres chicos nunca conseguí acordarme.

—Somos también de Kimotong. Conocemos a tu familia. Tienes un hermano mayor que se llama Abraham, ¿a que sí?

—Sí —contesté, preguntándome todavía quiénes eran aquellos y qué querían de mí.

—¿Está él aquí también?

—No. Él y mi otro hermano y mi hermana iban a ir a misa más tarde. Solo me han cogido a mí.

—No te preocupes —dijo el chico—. Tú no te separes de nosotros y todo irá bien.

—¿En serio? —pregunté—. ¿Y por qué os preocupáis por mí?

—Porque somos del mismo pueblo, y eso nos convierte en familia.

Sonreí por primera vez aquel día.

—Vale —dije—. Gracias.

Por primera vez desde el comienzo de aquella pesadilla sentí que no estaba solo. Dios había enviado tres ángeles a cuidar de mí. Tres ángeles que no tardarían en hacer mucho más por mí. Mucho más.